Heráldica

Escudo o blasón. En materia de heráldica el primer elemento identitario de la Academia Antioqueña de Historia fue el escudo. La idea surgió en don Ezequiel Arroyave Roldán, en el marco de cuadragésimo aniversario de la fundación (bodas de rubí). En la sesión del 6 de julio de 1943, Arroyave Roldán propuso y fue aprobado, que la corporación tuviera una medalla que exhibieran sus miembros, tal “como la posee la Sociedad de Mejoras Públicas”.

La mesa directiva asumió el desarrollo de este distintivo y cuatro meses después, en la reunión del 2 de noviembre, el presidente Emilio Robledo, informó que la medalla y escudo institucionales debían llevar: el busto del mariscal Jorge Robledo, conquistador de Antioquia; unos murciélagos, signos de vigilancia; y una leyenda latina que tradujera “La verdad es una y prevalecerá”. No se registró ninguna objeción ni propuesta aditiva ni sustitutiva a los elementos integrantes del escudo y, por esta razón, la idea pasó a elaboración del diseño definitivo.

El 23 de noviembre, el Presidente exhibió los distintos proyectos elaborados. Resultó favorecido con el voto afirmativo de los académicos el diseñado por un “señor Herrera”, consistente en cuatro círculos concéntricos que, descritos del centro a la periferia, contienen los siguientes elementos: el del centro, la efigie del mariscal Jorge Robledo; el siguiente, inscribe el nombre de la institución: “Academia Antioqueña de Historia”; el tercero, en fondo oscuro provocado por trazos circulares, incorpora una estrella pentalfa erguida sobre solo uno de los brazos estelares, y entre cada una de las puntas se configura una semiesfera, para un total de cinco nichos en los que se encierran cinco murciélagos negros con las alas abiertas, en disposición de volar; el círculo externo funda la orla y lleva inscrita la divisa latina, la cual quedó como “Magna est veritas et praevalēbit” (“Grande es la verdad y prevalecerá”). Una estrella maciza de cinco puntas, invertida con respecto a la estrella inscrita en el

penúltimo círculo concéntrico, se ubica bajo la punta basal y sirve de inicio y fin a la divisa.

Se convino ordenar la elaboración de dicho escudo y cobrar cinco pesos a cada académico por la insignia que debería lucir en los actos solemnes y en donde actuará en representación institucional. La adquisición de la insignia por parte de los corporados era obligatoria y así llegó a quedar plasmado en los estatutos de 1945. Posteriormente, la Academia renunció al cobro del escudo y decidió asumir los costos para imponerlo a cada socio durante la ceremonia de ingreso, pero permanece hasta nuestros días la obligación de llevarla, conforme lo estipula el artículo 50 del estatuto vigente: “Porte de insignias. Los miembros de la Academia deben llevar el escudo o la venera de la corporación para ser debidamente individualizados, en los actos solemnes y en los actos de representación oficial”.

Resulta innecesario explicar la figura de Jorge Robledo como elemento ínsito del escudo institucional. El conquistador Jorge Robledo, nacido hacia el año 1500 en Úbeda, provincia de Jaén, en el reino de Castilla, fue militar avezado, participó triunfante en las guerras de los castellanos contra Italia y en la conquista del Perú. Tuvo dificultades con Alonso y Pedro de Heredia, de la Gobernación de Cartagena, quienes lo enviaron preso a España, acusado de entrometerse en sus territorios, juicio del cual salió absuelto. Beneficiado luego con el título de mariscal regresó a las Indias con su esposa María de Carvajal. Con la intención de hacerse reconocer como autoridad de la provincia de Antioquia, de la cual se le registra como su conquistador, envió un emisario a Sebastián de Belalcázar, motivo que le bastó a este para condenarlo a muerte por garrote, una costumbre ya censurada que consistía no en golpear con un mazo sobre la cabeza sino en estrangular al sujeto retorciéndose el cuello, lo que ocurrió el 5 de octubre de 1546, en la Loma del río Pozo, hoy departamento de Caldas, crimen por el cual Belalcázar fue enjuiciado y hallado culpable.

El otro elemento que merece descripción, es el conjunto de cinco murciélagos, cada uno ocupando los cinco nichos que se levantan entre las cinco puntas de la estrella figurada en el penúltimo círculo

concéntrico. Estos murciélagos son elementos tomados de la heráldica del propio escudo de armas concedido al mariscal Robledo, en Valladolid, el 7 de febrero de 1545, por el rey Carlos I y su madre, doña Juana I de Castilla, según constancia rubricada por el príncipe Felipe de Austria (futuro rey Felipe II de España), en reconocimiento a los muchos servicios y méritos del mariscal, su fidelidad a los monarcas y la especial consideración de haber descubierto la provincia de Quinbaya, donde poblastes la ciudad de Cartago, y que de allí pasastes adelante y descubristes las provincias de Nutave y Brero y Ebixico, donde poblastes la Ciudad de Antioquia: en lo cual todo pasastes grandes trabajos, hambres y necesidades, como dixistes constaba y parecía por ciertas informaciones que ante Nos, en el nuestro Consejo de las Indias, hecistes presentación. (Texto con escritura original).

El escudo del conquistador Robledo estaba dividido en tres cuarteles. En uno de ellos, en el superior derecho, “tres torres de plata en campo colorado, en memoria de las tres ciudades ”⁷⁴ por él fundadas: Anserma (1539), Cartago (1540) y Antioquia (1541). En su orla de oro se incluyen ocho murciélagos “pardos que tiran á negros, con las bocas abiertas y dientes agudos ”⁷⁵. Pero en la orla de plata del escudo que los mismos reyes concedieron el mismo día a la Ciudad de Antioquia, una de las fundadas por el conquistador español, también se encuentran presentes “seis murciélagos de sable, en vuelo, abiertas las fauces y listos para chupar”

Deriva de lo antedicho, que los murciélagos del escudo de la Academia se tomaron de la heráldica del conquistador español más no en su número, ni siquiera en igual cantidad a los existentes en las armas de la Ciudad de Antioquia, sino en número inferior al de los dos escudos anteriores, para tributar jerarquía y precedencia.

No obstante estar aprobada la confección de las insignias conforme al diseño aceptado, por dificultades financieras de la corporación no fue posible contratar su elaboración en el momento. Tan sólo once años después se hicieron realidad, también en medio de penurias económicas, pero esta vez forzados por la celebración de una efeméride de sinigual significación: las bodas de oro de fundación de la Academia que, en medio

de la crisis, tampoco pudo conmemorarse en la fecha exacta del 3 de diciembre de 1953 sino que hubo de postergarse para agosto de 1954.

No significa esto, que en los años anteriores se hubiera prescindido de la medalla en las ceremonias de ingreso y ascenso de los miembros, pues en la sesión solemne del 12 de octubre de 1947 el acta recoge expresamente que el presbítero Juan Botero Restrepo fue recibido en calidad de miembro de número, y el presidente “en posesión solemne le hizo entrega del diploma y le impuso la medalla que lo acredita como académico”. La expresión permite deducir que se tenía una insignia, quizá de menor realce a la recién proyectada.

Existe certeza que desde fines de 1952 la Academia ya había decidido, para conmemorar el cincuentenario de fundación, la consecución de nuevas insignias y medallones y “todo lo demás que se ocurra a juicio de la mesa directiva” para lo cual se facultó ampliamente “al Sr. presidente Dr. Emilio Robledo para que cumpla, sin necesidad de consulta previa, todos los actos que juzgue necesarios para la celebración del cincuentenario de la corporación”.

En abril de 1953, aprovechando un viaje a Bogotá en el que el presidente Emilio Robledo se entrevistaría con el nuevo ministro de Educación Nacional, doctor Manuel Mosquera Garcés, para solicitarle la declaratoria de monumento nacional a la casa del prócer Francisco Antonio Zea y la entrega del inmueble para sede de la Academia, el doctor Robledo adelantó los primeros contactos “sobre medallones y escudos de la Academia con motivo del cincuentenario”. Se ordenó la confección de las insignias oficiales (el escudo y la venera) ,79 así como unas plaquetas conmemorativas, todas en plata de ley 900. La elaboración fue contratada con la casa Fibo Ltda., de Bogotá, que a su vez solicitó el troquelado a la casa matriz belga Fish. Tuvo un costo total de tres mil quinientos treinta pesos con sesenta centavos (\$3.530.60).80 Se estima que fueron alrededor de 150 veneras y 300 escudos, a juzgar por la disponibilidad existente hasta el año del primer centenario.

Los escudos y veneras fueron despachados a Medellín el 31 de marzo de 1954 por la aerolínea Avianca. En las jornadas preparatorias de esa

conmemoración, más exactamente el 6 de abril de 1954, Emilio Robledo presentó en físico los galardones que en adelante recibirían los miembros correspondientes y numerarios el día de su consagración. No consta en actas que se haya presentado objeción alguna al trabajo, el cual fue aceptado sin reparos, pero sí se objetó el cordón por medio del cual se colgaría al cuello del beneficiario.

Cuando se agotaron las medallas ovoides de pequeño formato, destinado a los miembros correspondientes, la Academia se propuso resarcir el error. Influyó notoriamente en la corrección el académico Juan Guillermo Restrepo Restrepo, con cuya asesoría se ordenó la confección de escudos circulares para solapa, respetando plenamente el diseño original. Fueron grabados en acero inoxidable de 20 mm de diámetro y para mejorar el contraste se puso un esmalte negro de fondo. Para los festejos del primer centenario de fundación, se ordenó una emisión especial, acuñada con las mismas características, pero en material dorado.

El Escudo

Las modificaciones expuestas demuestran descuido en conservar los elementos heráldicos oficiales y son la causa de regia confusión en mucho tiempo, a tal punto, que la inconsistencia de la forma permeó hasta las reformas estatutarias. Así, por ejemplo, el artículo 47 de los estatutos aprobados en 1985 consagró como escudo “una medalla en forma de estrella, que lleva en el anverso el busto del mariscal Robledo, con su heráldica”, la cual se describe con “seis murciélagos”. Hasta aquí ya observamos dos alteraciones: i) un cambio en la forma - ¿o un error en la descripción? -, y ii) un desliz en cuanto al número de los mamíferos voladores, pues en la heráldica del Mariscal no había seis, sino ocho; pero en el escudo de la Academia el diseño original incrustó solo cinco. El precitado artículo introdujo una tercera modificación al disponer: “Y al reverso, el lema de la Academia: *Magna est veritas et praevalabit*, pues la divisa latina siempre estuvo en el anverso, dispuesta en la orla. Por su parte, en los estatutos de 2003, se definió el escudo con forma ovalada, olvidó la estrella de cinco puntas y dejó indeterminado el número de murciélagos: Art 34. El escudo de la Academia es el siguiente: Una

medalla ovalada que lleva en relieve la efigie del mariscal Jorge Robledo, con su heráldica consistente en murciélagos, símbolo de vigilancia, y el lema de la Academia: *Magna est veritas et praevalabit*.

Sobre el tema no queda duda. El escudo oficial de la Academia Antioqueña de Historia es de forma circular.

Este es el que se impone como insignia, desde finales del decenio de 1990, a los miembros correspondientes cuando hacen su ingreso, el que está esculpido en piedra bogotana sobre la fachada de la Casa Luis López de Mesa, el que está sobrepuesto en el centro de la bandera institucional, el que aparece impreso en la papelería oficial, el que se publicó por primera vez en octubre de 1965 como ilustración de la portada del Repertorio Histórico, volumen XXI, N.º 196 y el que curiosamente aparece en la medalla de la Orden del Centenario Manuel Uribe Ángel, máxima distinción que confiere nuestra Academia. “Curiosamente”, porque si dicha orden honra la memoria del fundador, la efigie que debe llevar en el cuño es la de Uribe Ángel y no la de Jorge Robledo.

Llegado a este punto, es el momento de significar el alcance de la expresión empleada por Emilio Robledo cuando enunció los elementos que debían conformar la medalla y el escudo institucional. Invita dicha reflexión a no confundir blasón o escudo con insignia o con venera. El escudo o blasón (de forma circular) son las armas heráldicas de la institución; la insignia es, en sentido estricto, la medalla o distintivo que reciben los miembros correspondientes al ingresar a la corporación, la cual debe reproducir en un todo (forma y elementos) el escudo institucional; la venera es, en sentido amplio, también una insignia, mas no es un escudo y, por ende, no está sujeta a reproducir exactamente la forma y los elementos del blasón. La reciben solo los miembros numerarios al posesionarse. Como desde 1932 todos los numerarios requieren haber sido previamente miembros correspondientes, todos los académicos, desde la oficialización de la heráldica y las divisas, han recibido la insignia o escudo que los identifica.

En los años 2011 y 2012, cuando se debatía el articulado del proyecto de estatutos, los académicos Germán Suárez Escudero, Humberto Barrera Orrego y Orlando Montoya Moreno hicieron intervenciones sobre la heráldica institucional. La Junta Directiva de entonces los integró en una comisión que se encargara de presentar un informe y elaborar la propuesta sobre rediseño del escudo y, por consiguiente, de la medalla o insignia, propuesta que finalmente quedó incorporada en el texto del inciso 2 del artículo 51 de la reforma estatutaria de 2012, que volvió a establecer la forma circular:

El blasón es un escudo circular en cuyo centro aparece la efigie del mariscal Jorge Robledo, mirando sobre su hombro derecho. A su alrededor, en doble bordura, la razón social de la institución: Academia Antioqueña de Historia. Inmediato a este, una estrella pentalfa apoyada sobre sus dos puntas; entre estas, enmarcados por arcos, sendos murciélagos en vuelo, símbolos de vigilancia. En la franja exterior se inscribe la divisa de la Academia: *Magna est veritas et praevalabit* – Grande es la verdad y prevalecerá. Lo descrito tiene dos particularidades de especial interés. Para exponerlas de manera sucinta debe considerarse, en primer lugar, que la imagen de Jorge Robledo en los escudos impresos no coincidía con la imagen del mariscal en las medallas confeccionadas por la casa Fibo, pues la de esta última era un altorrelieve bien logrado, mientras la efigie de los escudos litográficos y las insignias de fotograbado parecía una caricatura y le diezmaba importancia al personaje, en tal grado, que su figuración en el escudo más que un homenaje parecía una chanza. Don Germán Suárez mejoró el entuerto y elaboró un artístico escudo, conservando todos los elementos del diseño original y mejorando, con una bien lograda efigie, la figura del mariscal, tal como el altorrelieve que traían las insignias contratadas con la casa Fibo. Reconvenido por Montoya Moreno por cuanto el Conquistado miraba sobre su hombro izquierdo, gesto que en materia de heráldica es signo de bastardía, Suárez Escudero procedió a corregir el desprevenido defecto en el escudo. Para que no se prestara a nuevos descuidos en el futuro, el artículo estatutario quedó redactado con la especificación de “Robledo, mirando sobre su hombro derecho”. Una segunda modificación que trajo el citado artículo de la carta estatutaria de 2012 fue la reorientación de la estrella. Si se observa la ilustración del diseño original del escudo, la estrella pentagonal estaba soportada en una sola punta: la inferior; en

tanto el nuevo reglamento la presenta soportada sobre dos puntas, es decir, una inversión total de la estrella que conllevó a un nuevo posicionamiento de los murciélagos. El escudo resultante apareció publicado por primera vez en la portada del Repertorio Histórico, edición de julio-diciembre de 2012 (volumen 104, número 23 -nueva etapa-) y en la de los estatutos aprobados el 11 de julio de 2012.

La nueva versión giró 180 grados la estrella de cinco puntas que se traía hasta ese momento, para posarla sobre dos puntas inferiores. La estrella pentalfa invertida se ha asociado a esoterismo, mientras la estrella pentalfa soportada en dos puntas viene desde la antigüedad como significación de holismo, espiritualidad, preponderancia del hombre sobre los cuatro elementos, equilibrio con la naturaleza y, finalmente, representa al hombre mismo: un hombre con los brazos extendidos y las piernas abiertas soportadas sobre la tierra. Pitágoras, sobre esa estrella de cinco ángulos agudos, desarrolló un estudio geométrico del que provino la teoría de la proporción del número áureo y la consecuente significación místico-científica. En lo místico, el número áureo se asoció a la divinidad, de modo que al invertirse subvierte la espiritualidad y pone al hombre cabeza abajo, en postura de sacrificado. En lo referente a las ciencias, esta estrella “es un interesante diagrama que gráfica varias leyes matemáticas: se le encuentra como representante en logaritmos, la sucesión de Fibonacci, la espiral logarítmica y por esto también en las fractales”. En el medioevo, hacia 1490, Leonardo Da Vinci efectuó anotaciones anatómicas sobre las proporciones áureas o ideales del cuerpo humano, estudio que efectuó sobre un texto mucho más pretérito, *Architectura*, de Marco Vitrubio Polión, ingeniero y arquitecto de la antigua Roma, quien vivió en el primer siglo antes de la era cristiana. Por ello, al hombre inscrito en esa estrella se le reconoce también como Hombre de Vitruvio u hombre ideal.

Insignia institucional

Se desconoce la razón por la cual la estrella pentalfa se introdujo invertida en el escudo... ¿Ignorancia? ¿Descuido? ¿Intención? ¿La puso así el

diseñador Herrera? Son preguntas que quedan sin resolver, así como faltan respuestas al porqué de la ausencia de colores y esmaltes en el diseño original, aspecto que en la ciencia heráldica complementa los significados.

El 3 de mayo de 2004 se inauguró el mural heráldico de escudos y veneras en resina epóxica, donado por la empresa Locería Colombiana, de la organización Corona, instalado en la sala de lectura del primer piso de la sede institucional, producto de la gestión del académico Alonso Muñoz Castaño. Fueron los primeros escudos de forma circular que reprodujeron la efigie del mariscal Jorge Robledo en altorrelieve y exhiben la estrella invertida, como se usaba en ese momento. Pero también en nuestros días aún permanece invertida en el escudo de la bandera y en el escudo tallado en piedra bogotana, incrustado en el remate semicircular del frontispicio de la Casa Luis López de Mesa.

Como apunte final, casi anecdótico, narra don Javier Gutiérrez en carta a la corporación fechada el 25 de marzo de 1985, que el doctor Emilio Robledo ordenó la fundición en bronce del escudo, en tamaño apropiado, para ponerlo como enseña y guía de la Academia. Afirma que “la obra fue ejecutada primorosamente” por el maestro Octavio Montoya, pero jamás se le reclamó. Concluye: “Montoya se encuentra en pésimas condiciones de salud, y temeroso de que el escudo se pierda procedí a rescatarlo. Ya verán qué lindo y qué exaltador de nuestro pasado será ese bronce adosado a los muros”. De ese escudo en bronce, de tamaño monumental, se desconoce su paradero.

Bandera

Tuvo origen el 1° de marzo de 1966 cuando el socio Graciliano Arcila Vélez propuso a la Academia complementar la heráldica institucional y dejó en consideración dos proyectos de bandera. Resultó aprobado el que retomaba los colores y significados de la bandera de Antioquia, oficializada cuatro años antes, mediante Ordenanza n.º 6 del 10 de diciembre.

A su vez, la bandera de Antioquia parece haber tenido origen en la bandera de la Universidad de Antioquia, cuyas dimensiones “son

ordinariamente las mismas que rigen para el Pabellón Nacional: tres metros de largo, por dos de ancho”. (Duque Betancur, Francisco, *Historia de Antioquia*, pág. 1121). Los colores de la bandera antioqueña significan: el blanco, pureza, integridad, obediencia, elocuencia, triunfo; el verde, las montañas, la esperanza, abundancia, fe, servicio y respeto (Asamblea Departamental: *Aquí está Antioquia 1830-1999*, p. 16). En síntesis, la Academia asumió la forma y los colores de la bandera de Antioquia, pero no sus dimensiones.

La bandera adoptada es un cuadrilátero de 2.0 metros de largo por 1.30 metros de ancho, que se divide en dos fajas iguales en sentido horizontal, de 1.30 metros x 1.0 metro: la superior, de color blanco (plata); la inferior, de color verde (sinople). La menor longitud de cada faja va sobre la asta, que mide 2.50 metros de largo y termina en esfera. En el centro de la bandera se adosa el escudo, de 60 centímetros de diámetro, con iguales motivos a los de la insignia que usan los académicos.

Desde entonces, por disposición estatutaria, la bandera institucional debe izarse en los actos solemnes al lado del pabellón nacional, tanto en las fechas oficiales como en las sesiones que se celebren dentro de la sede y fuera de ella. Igualmente, durante las honras fúnebres de los académicos fallecidos, la bandera debe cubrir el féretro, si las circunstancias lo permiten. En los primeros años del decenio de 1980 esta tradición vino a menos. El doctor Jorge Ospina Londoño levantó su voz, en la sesión del 3 de abril de 1984, para proponer la renovación de la inveterada tradición y, en señal de duelo, izarla a media asta en el recinto de sesiones por nueve días. Idea acogida por la plenaria. En la reforma estatutaria de 1985, el periodo de duelo para izarla a media asta se amplió a 30 días. Así quedó plasmado en el artículo 48. Sobre este tópico particular nada dijeron las cartas estatutarias de 2003 y de 2012 y, por ello, en la actualidad el izado a media asta entró en desuso. En cambio, en la Academia Colombiana de Historia se mantiene vigente la solemnidad luctuosa de cubrir “el féretro de los académicos honorarios y de número fallecidos, hasta el momento de su inhumación, y durante nueve días permanecerá a media asta en la sede de la Academia”. Durante el debate de la reforma estatutaria de 2012 se tuvo en cuenta la nueva y ya arraigada costumbre de la cremación de cadáveres, como consecuencia de lo cual los ataúdes se reducen a urnas

de menores dimensiones y, por ende, no resulta práctica la utilización de la bandera en el último adiós. En virtud de estas circunstancias el párrafo dos, del artículo 50 autorizó utilizar “otro símbolo apropiado”. Se llegó a proponer una banda bicolor con el escudo sobrepuesto, o un banderín. Valga continuar aquí las disquisiciones sobre las incoherencias heráldicas con el ánimo de llamar la debida atención sobre la preservación de nuestros emblemas:

En el estatuto de 1985 se insertó el escudo en el centro de la faja verde (faja inferior) y al describir los motivos de esta insignia en el acápite de la bandera (art. 50) incorporó colores y detalles. Así, por ejemplo, enfatizó que los murciélagos son “solo cinco”, y los ubicó “en las puntas de la estrella pentalfa de color blanco”, generando inconsistencia externa con el diseño original del escudo en cuanto a la ubicación de los quirópteros, e inconsistencia interna con el artículo 47 del mismo estatuto, donde erróneamente asignó seis murciélagos. Se registró, además, la efigie del mariscal Jorge Robledo en el centro, y definió que la bordura dorada encierra un círculo verde. El estatuto de 2003, en su artículo 50, arrastró prácticamente el mismo texto con sus errores, pero incorporó tres modificaciones: i) retiró la palabra “solo” a la cantidad de cinco murciélagos, ii) devolvió el escudo del centro de la faja inferior al centro de la bandera, y iii) cambió el vocablo efigie por retrato.

El estatuto de 2012 modificó en tres centímetros las dimensiones del cuadrilátero, pues el inciso tercero del artículo 51 estableció que la bandera “tendrá dos metros de largo por 1.33 metros de ancho”.